



Eugenio Domínguez, 83 años.
Margarita López, 22 años.

Juventud, divino tesoro

Lo que tengo que contar no es un hecho histórico relevante, ni siquiera es un hecho histórico. Bueno, me refiero a que no tiene ninguna influencia en el transcurso de la historia entendida como tal, aunque es quizá algo que sí marcó un punto de inflexión en el transcurso de mi historia, que es la que yo he vivido enmarcada en el contexto que compartí con tantas otras personas: la guerra.

Mi historia empieza cuando yo aún era un niño. Fue entonces cuando la guerra civil estalló, interrumpiendo (cuando no quebrando) los sueños de muchas personas. A mí, en particular, no me permitió terminar mis estudios en la escuela, que en realidad era lo que quería mi familia, porque uno cuando es un niño no es consciente de la importancia de la educación.

Yo nací en San Lorenzo de El Escorial en 1922, y allí vivía cuando tuvo lugar el conflicto. Era un pueblo tranquilo, que no tenía mucha industria porque fundamentalmente vivía del turismo. Ese fue el motivo de que tras la guerra el pueblo se quedase vacío, porque no había dónde trabajar. Pero por suerte mi padre tenía un negocio donde no faltaba el trabajo, aunque yo no siempre he trabajado allí. He llegado incluso a colaborar con las tareas de reparación del monasterio, lo que me permitió aprender muchas curiosidades de manos de un guía que siempre estaba de broma; cuando enseñaba los aposentos donde falleció el rey y explicaba que tenían un ventanuco que comunicaba con la basílica desde donde oía misa los días previos a su muerte, solía decir: 'En este estrecho recinto murió Felipe II, cuando era pequeño el mundo al hijo de Carlos V'.

Pero en el verano de 1937, concretamente en el mes de julio, tuvo lugar la famosa batalla de Brunete. Fue entonces cuando uno de mis hermanos fue llamado a incorporarse al frente rojo que defendía Madrid por la zona de la Casa de Campo. Sin embargo él nunca llegó porque de camino resultó herido por metralla, y fue trasladado a un hospital. A nosotros nos mandaron un aviso para ir a hablar a la cabina telefónica que había situada en la calle Florida Blanca, porque en aquella época casi nadie tenía teléfono en su casa. Mi padre me mandó a mí al recado con una bicicleta que un comerciante me había regalado, pensando que llegaría muy pronto dado que no sabíamos con exactitud lo que le había pasado a mi hermano.

Sin embargo nunca llegué a atender aquella llamada. Intenté darme prisa pero aquel día en el pueblo se produjo un gran movimiento de tropas y estaba todo muy agitado, con gente corriendo hacia todas partes y todo como por medio, patas arriba. Cuando yo iba con mi bicicleta tropecé con un camión de víveres y me caí. Me sangraba mucho la rodilla y me veía el hueso: me había fracturado la rótula.

Así que dada mi nueva situación de convaleciente me trasladaron al hospital que había instalado en la universidad de los Padres Agustinos. Allí había heridos de todas partes, pero llegaban continuamente del frente instalado en toda la sierra del Guadarrama porque allí había muchos hombres luchando y porque se encontraba relativamente cerca.



Cuando yo entré en aquel hospital todo era un caos: heridos que gritaban y lloraban de dolor, otros que ya no se movían, enfermeras corriendo hacia todas partes... y ante tanto herido de guerra yo sentía que a pesar de lo que me dolía la herida, no podía decir nada, solamente observar desde mi discreta posición. Me hicieron una cura de urgencia para cortar la hemorragia, y tras ello esperé a que alguien, algún médico o enfermera, me atendiese cuando tuviera un hueco para mí.

Fue entonces cuando en una camilla depositaron a un herido, de cuyo rostro se deducía la gravedad de sus heridas. Nunca he podido olvidar la cara del dolor. En ese momento en que yo le miraba atónito, pasaron un médico y una enfermera revisando sin detenerse a los heridos para enviar al quirófano a aquellos que más lo necesitaran. Cuando el herido los divisó llamó como pudo a la atareada enfermera y le pidió casi por señas que le pinchara un pie. La chica vaciló un instante y preguntó la razón de tal petición. El soldado no contestó y le rogó que lo hiciera, así que ante la situación que había a su alrededor la muchacha no dudó en hacerle caso y siguió sus instrucciones.

Así, pues, la enfermera, decidida, le pinchó con fuerza en la planta del pie. Sin embargo, el soldado no dejó entrever ni el menor atisbo de dolor, pero tuvo el valor suficiente como para decir:

- Muchas gracias, señorita. Soy el teniente Pancor, y pertenezco a la brigada del general Miaja; tengo una herida en la espalda y les ruego que no desperdicien su tiempo conmigo porque me queda poco tiempo de vida. Así que por favor, atiendan a otros que lo necesiten más que yo.

Fue entonces, al oír aquello, cuando lloré. Y lloré sin saber muy bien por qué. Lloré sin entender por qué hacía aquello ese hombre. Lloré debatiéndome entre cuál sería su virtud más destacada, si el compañerismo o la valentía. Lloré consciente de que justo en aquel momento mi infancia se había esfumado. Lloré porque en ese momento me di cuenta de que aquel acto me había convertido de repente en un hombre. Lloré al comprobar que mi adolescencia o pubertad había transcurrido en la camilla de un hospital, al que entré siendo aún un niño y del que salí convertido en un hombre.

Lo importante de la vida

Merece la pena vivir por todo.
Por las alegrías y por las penas.
Por las ilusiones y por los fracasos.
Por las luces y por las sombras.

A lo largo de mi vida he sido feliz porque he visto felices a los míos.
Me siento orgulloso de haber podido realizar el sueño de mi mujer: vivir y morir rodeada de su familia. Mi esposa siempre vivió como quiso, hasta el mismo momento de su muerte, porque murió en mis brazos.

Me casé con la mujer que amaba, y nos quisimos durante toda la vida.
Tuvimos tres hijos, dos chicos y una chica.
Recuerdo con especial cariño el día en que llegaban las notas a casa cuando mis hijos iban al colegio, porque era un día de felicidad completa.

Y si algún día hemos sufrido por alguno de ellos no ha sido por su culpa: una vez nos llegó a casa una carta comunicándonos que a uno de ellos le habían concedido una



beca por suficiencia económica. Sí, sí, por suficiencia económica. Esto quiere decir que con la beca no íbamos a ninguna parte. Las becas las daban entonces bien por insuficiencia económica, bien por el nivel de conocimientos de los chicos. Y para aquella no tuvieron en cuenta las notas que sacaba mi chico, así que fui a reclamar y como no me hicieron caso recuerdo que aquel día me llevé un gran disgusto.

Pero la vida nunca es como uno quiere, hay que saber adaptarse a ella. Y si algo me hubiera gustado hacer a lo largo de mi vida y que nunca he conseguido es estudiar. Hay una diferencia entre aquella época de cuando yo era joven y la actualidad: y es que la gente igual no sabía leer, pero sí que sabía vivir y defenderse a pesar de lo poco que teníamos. Y yo creo que el problema de mucha gente hoy en día es que no saben vivir.

Pero a mí de todas formas me hubiera gustado estudiar, aunque sé que el que poco sabe es feliz a su manera, y el que mucho sabe es infeliz a la suya.